

María del Carmen Vázquez Mantecón

La palabra del poder

*La vida pública de José María Tornel
(1795-1853)*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2008

269 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 28)

Ilustraciones.

ISBN 978-970-32-5000-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/palabra/poder.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

EPÍLOGO

La fama póstuma

Para que quedara memoria del patriota José María Tornel, Ignacio Cumplido publicó el primer esbozo biográfico que escribió Severo María de Sariñana, en el que Tornel aparecía como un hombre impecable, que tenía muy clara desde el principio su vocación política, porque había sido dotado por Dios de un talento de primer orden. El mismo Cumplido publicó en ese año — aunque con pie de imprenta de 1852 — la reunión de opúsculos históricos de Tornel, con el mismo nombre que él les dio: *Breve reseña histórica de los acontecimientos más notables de la nación mexicana desde el año de 1821 hasta nuestros días*. Nadie mejor que él mismo para hacer su apología, dada su permanente preocupación porque la historia lo incluyera en sus páginas como un servidor honorable y virtuoso, que usó de sus talentos en beneficio de su nación. Estaba preocupado porque las que consideraba sus buenas acciones se conocieran, y porque creía que siempre había sido tergiversado. En su relato, él es uno de los personajes principales. Se pintó como un político de imaginación viva, que siempre estudió los *servicios que podían ser útiles y gratos a los hombres de todos los partidos en beneficio sólo de la comunidad*. Dijo que a Dios le debía tener un corazón bueno y sensible, por lo que era mentira que lo acusaran de que su alma ocultaba intenciones atroces. Estaba seguro de que los servicios que hizo al país le habían significado un costo muy alto, pero estaba por encima de todo su *idea sagrada de sacrificarse por su patria*. Para él, la historia de su nación era triste, pero refrendó su esperanza en su salvación. En su relato, reconoció errores y manifestó por sobre todas las cosas su enorme deseo por fundir con la de la nación su propia redención.

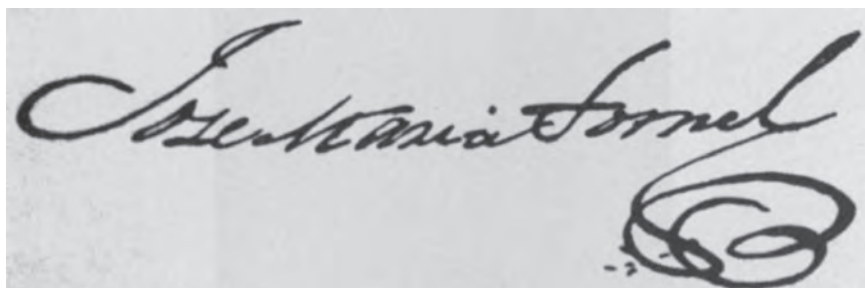
En *México a través de los siglos* — que se ha definido como la síntesis historiográfica de la perspectiva de los liberales — apareció el primer juicio sobre la actuación política de Tornel. Olavarría y Ferrari creía que en su caso se demostraba cómo los compromisos de bandería eran crueles, porque mataban la independencia de los ciudadanos y los obligaban a cometer errores. Según él, no valían arrepentimientos tar-

díos como los de Tornel, porque en algunos casos, como en el de la expulsión de los hispanos, sí causó perjuicios irreparables.¹

En relación con este asunto y con las dos versiones que hay sobre el origen español o francés de Tornel está la personalidad de otro político, el embajador norteamericano Joel R. Poinsett. En un principio, hacia los tiempos yorkinos, fueron amigos, aunque después se distanciaron. En su testamento político, Tornel hizo tal retrato de Poinsett, que es imposible no encontrar en él una descripción de lo que Tornel creía de sí mismo. Aunque le era doloroso recordarlo, lo consideraba un hombre de penetración singular, que hubiera podido lucir sus talentos en teatros superiores, que en los altos puestos con que la patria realzó su mérito, protegió la ciencia y los establecimientos útiles, que había ennoblecido la carrera del soldado, que había ambicionado el título de filósofo y de amigo de los hombres. Pensaba que tenía un ojo certero y avisado que le permitió darse cuenta de las debilidades de México; que poseía modales corteses, que no era vulgar, que tenía gracia para hablar el español y que era de trato fino. Comentó que se le consultaba como a un oráculo y que muchos se sometieron a su dictadura. Dijo que fue haciéndose cabida poco a poco hasta lograr atraerse a algunos mexicanos que eran depositarios de los secretos de Estado y que, poniendo en juego sus malas pasiones, sirvieron a sus planes maquiavélicos. Contó que era de Carolina del Sur y descendía de una de las familias que salieron de Francia a consecuencia de la revocación del edicto de Nantes en favor de los protestantes. Le parecía que su rápida inteligencia la debía a su remoto origen francés.

Cuatro años después de la muerte de Tornel, el gallo Mathieu de Fossey publicó que el origen de José María era francés, en aquella versión tan romántica que encuentra similitudes con la situación del ascendiente de Poinsett. ¿De Fossey oyó esta versión de parte del mismo don José María? Obnubilado éste con las similitudes que encontraba en Poinsett, ¿confesó en el ocaso de sus días algo que en otro tiempo le hubiera alejado de los altos puestos que ocupó en la política mexicana, esto es, haber tenido efectivamente un padre francés? Lo cierto es, sin embargo, que una de las cosas que más lo preocupaban por entonces era haber participado en la expulsión de los españoles en el decenio de los veinte. Ahora se reconocía temeroso del juicio de Dios y de la historia, y aceptó al final de sus días que se había reconciliado con lo

¹ Enrique Olavarría y Ferrari, *México a través de los siglos*, op. cit., t. 4, p. 162 y 167.



19. Firma y rúbrica de José María Tornel

hispano y que, al expulsarlos, había cometido un error funesto y que todavía al escribir sobre eso *se destroza el corazón y se moja el papel con calientes lágrimas*.²

¿Moderaremos las lágrimas?

Tornel decía que había que morir ocupado profundamente por un gran deseo: el de gozar la mayor felicidad prometida a los justos. Y lo expresó alguna vez en latín: *Beati qui in dominio moriuntur*.³ Sin embargo, dijo, sin querer, que serían agraciados los que murieran poderosos o en [su] dominio, al escribir *dominio* en vez de “*Domino*”, según reza la frase de la *Vulgata*. Sin duda, al morir en una fecha del culto santannista, entrelazó su fama póstuma con la del caudillo del momento.

José María Tornel siempre deseó que la historia le reservara un lugar en sus páginas y se dolió de algunos —Monk, Arnold y Moreau— que, aunque habían tenido una muerte gloriosa, no habían podido salvarse de la ignominia por haber usado en alguna ocasión sus talentos en contra de su patria, y exclamó en latín *Quis talia fando... temperet a lacrymis?* ¿Quién moderaría las lágrimas al hablar de tales cosas?⁴ Invocó siempre a su enorme patriotismo y murió “gloriosamente” en

² José María Tornel, *Breve reseña histórica...*, op. cit., p. 422.

³ Traducción de José María Tornel a Francis Bacon, *Pensamientos filosóficos*, México, Imprenta de Alejandro Valdés, a cargo de J. M. Gallegos, 1832, p. 3.

⁴ José María Tornel, *Texas y los Estados Unidos de América en sus relaciones con la República Mexicana*, México, Ignacio Cumplido, 1837, p. 57.

una fecha que él hizo viva. Sin embargo —aunque ciertamente no pasó por la vida como un fuego fatuo, y la historiografía le dedica ya algunas páginas— no ha podido salvarse de la “ignominia” de no ocupar un sitio glorioso, ni protegerse de “las lágrimas que [acaso] brotan al hablar de tales cosas”.